



**FUME PERO
PROTEJA SUS
DIENTES CON**



ROSÉMAIL

**EL DENTIFRICO
DE LA SONRISA AGRADABLE**

ROSÉMAIL Fumadores

DISUELVE EL SARRO
Y LA NICOTINA

ROSÉMAIL blanco extra

DISUELVE EL SARRO
BLANQUEA LOS DIENTES

ROSÉMAIL al carmin natural

AVIVA EL COLOR NATURAL
DE LAS ENCIAS



LABORATOIRES
LUTSIA
PARIS

HENRY-COLOMER LTDA. - BARCELONA

Cuide su aspecto personal y tendrá doble éxito

PANORAMA INTERNACIONAL

LA ESPERANZA DE AFRICA

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

EN las ciudades de Africa del Sur, los «clubs» femeninos han inaugurado clases de tiro de pistola para sus afiliadas. En un colegio de niñas de Transvaal —niñas de doce a dieciocho años— se dedica media hora de clase a enseñar la forma más eficaz de lucha contra las bombas incendiarias y otras armas de sabotaje. La policía ha creado un cuerpo de voluntarios —muchachos de diecisiete a veintidós años— a los que entrega armas de fuego y poderes para detener. Algo similar está ocurriendo en algunos territorios vecinos de Africa del Sur: Rodesia, Mozambique, Angola. Es una respuesta a la declaración de guerra lanzada por los treinta países africanos reunidos en Addis Abeba. Declaración de guerra es un término quizá demasiado cargado de sentido: la Carta de la unidad africana contiene, en efecto, los términos legales de una declaración de guerra contra «los territorios aún no liberados del continente africano». No hay que suponer, sin embargo, que todos los países firmantes estén íntimamente decididos a una acción real antes de agotar todos los caminos para soluciones pacíficas, como también es difícil creer que los tres millones de blancos de Africa del Sur van a llegar a la guerra a ultranza contra la mayoría de 13 millones de negros y contra todo un continente que amenaza con descolgarse sobre este pico de Africa que no ha evolucionado al mismo ritmo que los demás. El final, sin embargo, es previsible.

Se ha dicho que esta conferencia fue el acontecimiento más notable de los últimos diez años. En la foto, el presidente del Congo aplaude a uno de los oradores.





La reunión de Addis Abeba, en la que estuvieron representados 250 millones de africanos, ha consagrado definitivamente ante la historia el final del colonialismo.



La historia reciente, recientísima, del continente está llena de errores de este tipo. No hace mucho tiempo circulaban por el mundo fotografías de Kenya, donde se veía a las ancianas inglesas tomando el té de las cinco en su «home sweet home» con un fusil al lado, y la Gran Bretaña perdió varios batallones, gastó 70 millones de libras esterlinas en la lucha contra el Mau-Mau. Y, sin embargo, hace apenas unos días, el gobernador británico de Kenya ha encargado a Jomo Kenyata —que estuvo encarcelado y condenado a siete años de trabajos forzados por los ingleses— que forme el nuevo Gobierno del país. La lucha de Argelia está más próxima a nosotros: siete años de sangre y fuego, miles de millones de francos perdidos, no han servido más que para que Ben Bella pase de la cárcel al poder sin solución de continuidad. Todos los esfuerzos, lícitos y no lícitos, de los belgas en el Congo, no han servido de nada... La marea africana no ha sido detenida por nada. Las grandes potencias coloniales fueron sumergidas. Y ninguna ha sabido ahorrar el dolor de las guerras de liberación.

Quizá la verdadera, la única unidad de los pueblos y los países de África sea ésta: el dolor. El profundo dolor de los siglos de esclavitud y de colonización, el esfuerzo sobrehumano para conseguir la libertad, la lucha clandestina, primero, y abierta después, para alcanzar el derecho a disponer de sí mismos. Entre un fino árabe de Damasco y un fetichista bantú, entre un poeta como Senghor y un guerrero como Jomo Kenyata, entre un viejo Emperador del más antiguo imperio del mundo, cansado y solitario, como es Haile Selassie, y un abate católico y casi francés como Fulberto Yulu, no hay más unidad posible que la de las humillaciones comunes. Las razas, las economías, los dialectos, las religiones de África, obedecen al mosaico más variado. Hay más proximidad entre un sueco y un andaluz, entre un galés y un napolitano, que la que pueda haber entre dos africanos de territorios distintos. Por eso, la parte esencial de la carta de la unidad africana es la que se basa en la lucha contra el colonialismo, y los términos más concretos del comunicado de Addis Abeba son los que hacen referencia a la ayuda a los países aún colonizados.

Precisamente por el hecho de que estas diferencias entre los países pactantes sean tan agudas tiene más importancia su acuerdo. Hay algún comentarista que asegura que la reunión ha sido el acontecimiento más importante de los diez últimos años. Probablemente el acontecimiento más importante no ya de los últimos diez años, sino desde la última guerra mundial, es la desaparición del colonialismo. El filósofo de la Historia, Arnold Toynbee **SIGUE**



la
diferencia
se nota
al
primer
paso

sintasol

Las señoras, en las diarias y fatigosas tareas de la casa; sus niños, descalzos y, a menudo, desnudos sobre el suelo; los médicos, las enfermeras y los enfermos, en clínicas y hospitales; hombres, mujeres y niños, en las tiendas, en las oficinas, en los colegios, en los hoteles, en el cine...

Todos notan la diferencia cuando pisan el suelo más confortable y más práctico de todos los tiempos.

- silencioso
- higiénico
- limpio
- antideslizante
- ininflamable
- imputrescible
- duradero
- decorativo

CALITAX  GARANTIZA
DE CALIDAD

UN SUELO PARA PISAR A GUSTO

FABRICADO POR



ceplástica

LA ESPERANZA DE AFRICA

—a quien tanto citaba Ortega y Gasset en sus últimos tiempos— mantiene que los tres principales acontecimientos del siglo son la liberación de la mujer, la liberación del proletariado y la liberación de las colonias, y que otros sucesos más espectaculares a los que la historia vulgar da la primacía —las grandes guerras mundiales, las revoluciones— no son más que consecuencias o preparativos de por lo menos dos de estos movimientos —la liberación del proletariado y la de las colonias; la de la mujer no ha hecho más que cambiar profundamente las estructuras sociales—. La reunión de Addis Abeba tiene la gran importancia de consagrar ante la historia el final del colonialismo. Por eso, por su carácter simbólico sobre todo, se ha llegado con facilidad a un acuerdo. Los treinta jefes de Estado y de Gobierno que se reunían en representación de 250 millones de ciudadanos libres —la cifra es aproximada: en la mayor parte de Africa no hay censo—, es decir, de una doceava parte de la población de la tierra, que ocupa una quinta parte de la superficie habitada del globo, han obviado todos los problemas esenciales para llegar a un acuerdo común, que se produjo entre ovaciones y gritos de entusiasmo.

Esto es una lección a los jefes de Gobierno de países que se entienden civilizados y que jamás logran resultados positivos en sus conferencias. Todos aquí han cedido algo, y algunos mucho, para llegar a un entendimiento común. Claro está que hay admirables párrafos líricos producidos con el estallido de esta unidad que nos hacen pensar precisamente lo contrario de lo que tratan de asegurar: en el reverso de la moneda, en cómo la forma de hurtar los problemas y las disensiones los deja en pie. N'Krumah, el visionario de Africa, habló del futuro inmediato en que los africanos «acumulen maquinaria, establezcan acerías, fundiciones de acero, fábricas. Uniremos los variados estados de nuestro continente con las mejores comunicaciones. Asombraremos al mundo con nuestra potencia hidroeléctrica...» No, no es eso. Se está aún más lejos de esto que de los tiempos de la esclavitud. Todavía millares de africanos se comunican con tam-tams, viven en chozas de barro, practican sacrificios humanos. Todavía la renta de Africa es de tres mil pesetas por cabeza y año. Todavía las estructuras económicas son coloniales, y para hablar por teléfono entre Ghana y Togo, que son países vecinos, la comunicación debe pasar por Londres y por París. Y los técnicos en las fábricas son europeos, y lo son los funcionarios de las administraciones públicas.

Todavía sobre Addis Abeba planeaban muchos problemas de índole menor, pero que indican hasta qué punto se está lejos de la unidad. Marruecos no ha asistido a la conferencia por no coincidir con el representante de Mauritania; Togo no ha asistido porque sus asuntos interiores no están claros; la federación árabe entre Irak, Siria y Egipto está en una situación de ruptura continua; la misma Angola, declarada como territorio irredento en la conferencia y cuya liberación definitiva es objeto de un párrafo de la carta, presenta dos movimientos de liberación distintos y opuestos entre sí —el de Holden y el de Mario de Andrade—. Nasser no planteó el problema de Israel para no forzar a tomar posición a países que no tienen ningún conflicto con Israel; Ben Bella no habló de las explosiones nucleares francesas en el Sahara para no molestar a los grupos «francófonos», y para evitar también a éstos posiciones difíciles se soslayó el problema del neocolonialismo, es decir, de la manera con que Francia y algunos otros países van extendiendo una influencia económica, técnica y científica en extensos territorios de Africa, creando así una «colonización invisible». Mucho menos se plantearon problemas de doctrina política, ni siquiera de fórmulas económicas. Quedó flotante el problema de cómo algunos países africanos se inmiscuyen en los asuntos internos de otros, e incluso preparan la subversión, aunque se habló de él (habló Balewa, el primer ministro de Nigeria: «No conseguiremos la unidad en tanto algunos países africanos continúan la subversión contra otros»; y se habló del «imperialismo negro», refiriéndose a N'Krumah).

«Un pequeño gusto de unidad»: este título del semanario americano «Time» define hábilmente la conferencia. Pero quizá pobremente. Es un principio de unidad. Las reuniones periódicas de jefes de Estado y de Gobierno, las de sus ministros de asuntos exteriores, tiene probablemente menos importancia que la creación de un secretariado permanente y de cinco comisiones también permanentes que van a tratar de unificar los problemas de economía, finanzas, educación técnica, ayuda científica, comunicaciones, defensa, etc., entre los treinta países —probablemente treinta y dos, porque Marruecos terminará por unirse cuando se levante la hipoteca mauritana, que no puede ser eterna, y también Togo cuando resuelva sus problemas internos—, y precisamente porque no hay nada hecho, porque el continente es el más pobre del mundo y el menos desarrollado, y porque sus habitantes tienen una profunda voluntad de salir adelante —hay que estar en Africa, donde estoy yo en el momento en que escribo estas líneas, para ver realmente el afán de superación de los habitantes de este continente— es por lo que hay muchas probabilidades de conseguir algo importante. Sin sueños al estilo de N'Krumah; con realismo. De menos se hicieron los Estados Unidos, y Africa tiene aún más riqueza en su suelo.

E. H. T.

Ponga "al día" su oficina con la nueva...

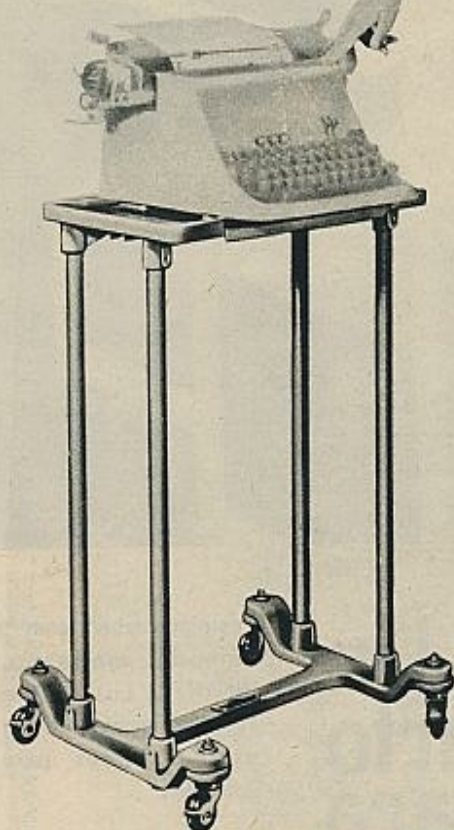
INVOLGA

MODELO

Super Nova®

INVOLGA®

¡la mesita
trasladable
perfecta!



PIDALA A SU PROVEEDOR

INVOLGA STANDS Nos. 1462-3 • PALACIO CENTRAL NAVE "C"
XXXI FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA